

Discurso

pronunciado por

S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

en la solemne Recepción de los Alcaldes de Cataluña,
que tuvo lugar el día 19 de Mayo de 1924
en el Salón de San Jorge del Palacio
de la Generalidad



Barcelona

Discurso

pronunciado por

S. M. EL REY

EL CONSEJO DE LA CORONA
COMUNIDAD DE CATALUÑA
EL 10 DE JUNIO DE 1724

En este día de 1724, acordó que se insertasen en este Real Decreto y se comunicasen a las Diputaciones de las poblaciones de Cataluña y a todos los Delegados correspondientes.

En el día de 10 de junio de 1724, se comunicó a las Diputaciones de Cataluña, para que se comunicasen a las Diputaciones de las poblaciones de Cataluña y a todos los Delegados correspondientes.

de la Generalidad

Barcelona

El Consejo Permanente de la Mancomunidad de Cataluña, en sesión del día 11 de junio de 1924, acordó que se imprimiera este discurso y se circulara a los Alcaldes de las poblaciones de Cataluña y a todos los Delegados gubernativos.

La Asamblea de la Mancomunidad, en su reunión del día 16 de junio de 1924, ratificó, por aclamación, el acuerdo de impresión del referido discurso.

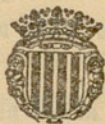
Discurso

pronunciado por

S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

en la solemne Recepción de los Alcaldes de Cataluña,
que tuvo lugar el día 19 de Mayo de 1924
en el Salón de San Jorge del Palacio
de la Generalidad



Barcelona

R. 7.855

DISCURSO

pronunciado por

S. M. EL REY

DON ALFONSO XIII

en el solemne Recepción de los Alcaides de Cataluña

que tuvo lugar el día 19 de Mayo de 1904

en el Salón de San Jorge del Palacio

de la Generalidad



Barcelona

Mis queridos Alcaldes:

Cábeme la honra, que no ha tenido ninguno de mis mayores, de poder ver reunidos a todos los Alcaldes de Cataluña, y de que todos los Alcaldes de Cataluña oigan a su Rey. ¿Por qué? Si es, como creo, porque nunca Cataluña estuvo tan unida como hoy con su Rey, colmada queda la medida del deseo principal que me ha traído esta vez a Cataluña, y al que debo tan elocuente y agradecida prueba de su amor a España y de su amor a su Rey.

El viaje que con la Reina y acompañado del Príncipe de Asturias efectuamos a la Ciudad Condal, he procurado que sea digno de lo que Cataluña y Barcelona han hecho por nosotros; por eso, con

ocasión de celebrar aquí mi cumpleaños, he querido que la Corte española y la representación diplomática extranjera participaran en estos actos y contribuyeran a darles mayor resonancia, queriendo demostrar a Cataluña de la manera más solemne a mi alcance, cuánta es mi satisfacción, cuán grande es la efusión del sentimiento de cariño con que vengo a fundar entre vosotros el nuevo hogar con que de manera tan delicada como espléndida habéis querido probarme vuestra adhesión y vuestro empeño de acercaros a mí; y demostrar a las demás regiones españolas, que cuanto por ahí fuera se dice de que Cataluña no quiere ser española, de que no quiere estar unida al resto de España, es tan falso como solemnemente lo atestiguan los mil cien Alcaldes catalanes aquí reunidos con su Rey y que con El, con la Real Familia y con el Directorio, como hijos todos amantes de España, están unidos por los mismísimos ideales, por las mismísimas aspiraciones.

Y natural es que protestéis, lastimados de aquella afirmación nacida de falsos historiadores, que olvidan que la unidad nacional española, a diferencia de la de otros pueblos, no es producto de la fuerza, sino fruto del amor, del amor que unió en matrimonio a los Reyes Católicos de Aragón y de Castilla.

Si, no hay en España vencedores ni vencidos en la obra de la unión nacional, que nos llevó a la cúspide de nuestras no superadas grandezas. Si, habrá habido, como en todos los pueblos, luchas de ideales o de intereses que hayan dejado las huellas dolorosas que las luchas dejan tras de sí, así como las medidas que para ponerlas término se ven obligados los Gobiernos a adoptar y de alguna de las cuales, como de las dictadas por mi predecesor Felipe V, se explota maliciosamente el recuerdo, ocultando que, si se adoptaron, fué en bien de Cataluña, por salvar a Cataluña; pero nadie que no ignore nuestra historia, podrá desconocerlo,

ni podrá dudar, por tanto, de que fué tan justificado como solemne tributo pagado a la verdad, a la realidad de la misma, el que la rindió Carlos III, cuando, queriendo demostrar a la vez a Cataluña la estimación y el amor de las demás regiones patrias, cogió los colores de la bandera catalana y de la aragonesa, y los dió para siempre a la sacrosanta bandera de España.

Y para terminar, permitidme, Alcaldes de Cataluña, que, quizá repitiéndome, os diga antes de separarnos y exteriorizando sin duda al hacerlo lo que es vuestro propio pensamiento, pero para fundirlo en una afirmación común; que la unidad española, producto del amor y consagrada por el amor en la bandera de España, no puede tener más enemigos que los enemigos de todas y cada una de las regiones de nuestra patria. Permitidme, por último, que os afirme que cuando os hablen de que el Rey, el Conde de Barcelona y su Gobierno no aman a Cataluña, podéis decir

a todos, sin temor de equivocaros, que eso es mentira; podéis decir que al Rey de España le caben en el corazón holgadamente todas las regiones españolas, y que no abriga temor a nada, absolutamente a nada, de cuanto pueda interponerse en el camino del deber que se ha trazado, de sacrificarlo todo, su vida inclusive, a corresponder por igual al amor y al bien de todos los españoles.



RF-5-51

Imp. Boixori. - Corvantic, 3